

## SELECCIONES

### La dimensión antropológica en el pensamiento moriniano

Jorge E. Ossa L.

*"Cómo es posible dar una explicación del hombre a partir de una teoría que tan sólo hace referencia a su aspecto antinatural ?" E. Morin*

Con temor, pero con mucha curiosidad, acepté el reto, autoimpuesto tardíamente, de tratar de entender el concepto de antropología; y ello básicamente desde la lectura de Edgar Morin y quizá otras lecturas afortunadas para mí, pero cuyos títulos, autores y contenidos específicos sería incapaz de recordar.

Desde hace unos cuatro años, cuando invitamos, con entusiasmo, la participación de la antropología en nuestro grupo de estudio interdisciplinario y cuando, concretamente, decidimos reflexionar y actuar en el área de la sexualidad, resultamos, conscientemente, en el bando de los que defienden el origen animal de nuestros comportamientos como base y estrategia para discutir el comportamiento humano. De hecho estábamos haciendo una crítica al enfoque "culturalista" que pretende explicar ese comportamiento como hechos de naturaleza puramente cultural.

Para esa época tuve la fortuna de ser introducido a la filosofía moriniana y, atraído por esa prosa maravillosa, he viajado por cientos de páginas hasta el más reciente poema-en-prosa titulado "Amour poésie sagesse" que resume su vasta obra. Podría decir, entonces, que para alimentar deseos nacidos de algunas lecturas desordenadas, afortunadamente encontré a Morin, quien fue inmediatamente adoptado como, mi profesor de antropología.

Desconocedor de la antropología y su historia, es decir, prácticamente virgen de discusiones y sesgos disciplinarios, creo haber encontrado en Morin el antropólogo por excelencia y de esa

fuerza he querido beber. En esta oportunidad quisiera, por lo tanto, presentar desde el trasfondo personal que acabo develar, lo que considero una defensa y un tratamiento maestro de lo que yo quisiera entender como antropología.

Dejemos pues que hable el maestro: "...el antropologismo define al hombre por oposición al animal; la cultura por oposición a la naturaleza; el reino humano, síntesis de orden y de libertad, se opone tanto a los desórdenes naturales...como a los ciegos mecanismos del instinto. La sociedad humana, maravilla de organización, se define por oposición a las agrupaciones gregarias, a las hordas y a las manadas".

...Así pues, el mito humanista del hombre sobrenatural es reconstituido en el propio seno de la antropología y la oposición naturaleza/cultura ha tomado la forma de un paradigma, es decir, de modelo intelectual que dirige todo su pensamiento". En otras palabras podría decirse que la antropología inventó y ha mantenido el "reino independiente de la cultura".

Occidente con su cartesianismo, con su cristianismo y con su humanismo, ha hecho más profunda esta separación. El paraíso generador en las selvas africanas y el extraordinario y complejo proceso evolutivo parecen haber resultado muy vulgares y se los reemplazó, respectivamente, por un paraíso fantástico y por un dios todopoderoso. Ambas fantasías son propias del cerebro humano, en un desesperado afán por superar la naturaleza humana y hacer

de la vida del sapiens un viaje de preparación para la "otra" sublime vida sobrenatural.

De dónde surgió pues esa muralla que separa al hombre de su verdadero origen? y por qué han tenido que transcurrir tantos años sin que tal muralla sea destruida? Por qué el "hombre genérico" de Marx y los esfuerzos hegelianos por introducir el hombre a la "dialéctica de la naturaleza" no fructificaron, sino que más bien contribuyeron a la creación de otro muro, ese sí, felizmente, hecho añicos ante los ojos de nuestra generación?

La evolución del hombre ocupa sólo 1-2% de la historia de la evolución de los primates, por lo tanto dice Morin que "en el terreno de las ideas - que sería lo específico del hombre - estamos apenas en la prehistoria"; sin embargo es tan poderosa la capacidad mental de esos 1400/1600 cc de masa cerebral - de los cuales sólo un tercio son neuronas y dos tercios tejido de sostén - que seguramente podríamos agregar que, en términos de la evolución de las ideas, hemos superado la historia misma de la vida. Y si somos tan maravillosos, pregunta el maestro, cómo no hemos de sentirnos distintos?

En fin somos maravillosos, entre otras cosas, por que esa inmensa masa cerebral que tiene base biofísicoquímica, nos permitió el perfeccionamiento de facultades ya existentes en los antecesores, como la comunicación, la cooperación y la fantasía; entendida, esta última, como la capacidad del hombre para soñar - durante el sueño o en la vigilia - para anticipar los eventos de la realidad, en fin para otear permanentemente el futuro, con sus problemas y sus soluciones.

El cerebro humano no hubiera sido posible sin la comunicación, sin el símbolo, sin el mito, es decir sin la inteligencia. Todo esto preexistía en los prehomínidos y pudiera pensarse que fueron estos elementos precisamente la base de la selección, en unas condiciones ecológicas, no precisamente paradisíacas, sino drásticamente cambiantes: de la seguridad y la comodidad del bosque a la peligrosa y no tan ubérrima pradera.

Francamente nos encontramos frente a un cambio paradigmático mayor: se acaba el mito del eslabón perdido y se integran, con sentido, la historia natural y la historia mítica; esta última

producto natural, al fin y al cabo, del cerebro humanizado. De esta manera se vuelve una posibilidad lógica aceptar que el cazador se convirtió en hombre y que la cultura, lejos de ser el producto sublimado de la humanidad es, por el contrario el germen original que, a través de complejas interacciones e interretroacciones, se torna producto del mismo proceso, en un bucle generatriz que nos acerca a la conclusión de que la ciencia auténtica del hombre empieza en la ciencia de la naturaleza.

La evolución filogenética condujo a la vida inteligente y esta produjo al hombre y el ciclo generador se reproduce ontogenicamente: la evolución biológica del hombre culmina con la producción de un recién nacido incompleto, con gran parte de su carga instintiva borrada y con un gran potencial de absorber cultura en el transcurso de su larga infancia.

Muchos eventos (físicos, químicos, bioecológicos y conceptuales) tuvieron que sucederse en el proceso de la hominización, pero más importante tuvo que haber sido la interacción de todos ellos para la coproducción de un cerebro que se convierte en el epicentro de la evolución biológica y tecnocultural.

No podríamos ignorar que entre esos factores o eventos deben figurar en un puesto de preeminencia las mutaciones, las disidencias, la rebeldía, la emulación, la aventura; y, más tarde, producto de esa infancia prolongada y dependiente, la emotividad, la sensibilidad, los odios...

Ese cerebro que nos hace hombres, a la vez que destierra los instintos, instala potenciales eurísticos como alternativa a la incertidumbre y la ambigüedad que lo separan del entorno y llegamos de esta manera al concepto de la hipercomplejidad caracterizada por nuestra capacidad para utilizar el ruido, el desorden, el error, el desbordamiento, la fantasía. Y en ese mismo empeño de estabilizar la relación ambigua entre lo objetivo y lo subjetivo, lo real y lo imaginario, nacen el talento y la conciencia.

Si se disocian biología y cultura es imposible entender el principio... seguiremos sin comprender el presente y, lo que es a todas luces peor, continuaremos tarados para tratar de adaptarnos a lo que depara el porvenir.

Una discusión similar podría darse, no ya en el nivel de la hominización, sino 4.000 millones de años atrás, en el origen mismo de la vida y tiene que ver con el concepto de la biosemiótica. Hoffmayer, en su propuesta de una teoría sintética de la evolución, dice que la biología representa la unión, o quizá, sería más preciso decir, el traslape, entre la física y las humanidades; y que el elemento conductor de la evolución, más que la selección natural, ha sido la semiótica que nació con el primer sistema vivo, es decir que nació en la biología, y ha evolucionado hasta sistemas altamente sofisticados y autónomos como el pensamiento y el lenguaje.

De esta manera, la adaptación (fitness) se define como un todo relacional; esto es como la capacidad de manejar el proceso de traducción, o interpretación, entre el genotipo y el entornotipo; lo que nos lleva claramente al concepto de una adaptación semiótica.

Sin embargo, los biólogos tratando de imitar a los físicos, o por lo menos buscando la seguridad objetiva de la física, se alejan un poco de la biología y mucho de las ciencias humanas, cuando tratan de describir los fenómenos de la vida con fórmulas universales. Los científicos sociales, por su parte, se apartan de la biología ignorando el origen fisicoquímico del cerebro y del comportamiento humano. Darwin mismo nos había prevenido cuando sugirió que siendo la mente un producto de la evolución, no podemos

separarla de su origen.

He aquí una nítida trayectoria, no predecible, no lineal; esto es, compleja; pero sin soluciones de continuidad, desde la física y la química hasta el comportamiento humano. No parece, por lo tanto, razonable hablar de eslabones perdidos, sino simplemente, no aparentes, ante la ceguera de nuestra aproximación paradigmática.

No podemos perder de vista, sin embargo, que esta propuesta no pudo haber surgido sino en el presente siglo, después del computador, después de Prigogine y su termodinámica de los procesos alejados del equilibrio, después de haber comprendido el potencial ontogénico del desorden, y cuando el método de la complejidad empieza a ser considerado seriamente, como una alternativa al determinismo newtoniano y, en general, al dualismo del pensamiento accidental.

## Referencias

- Morin E. El Paradigma Perdido. Ensayo de Antropología. ed. Kairos, Barcelona, 4ta ed. 1992.
- Morin E. El Metodo. La Naturaleza de la Naturaleza. ed. Cátedra, Madrid, 3ra ed. 1993
- Hoffmeyer J. Biosemiotics: Toward a New Synthesis in Biology. Conference presented in Leuven, Bélgica, 1995 .